

Diógenes Laercio

Vidas y opiniones de los filósofos ilustres

Traducción, introducción y notas:
Carlos García Gual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2013
Octava reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Carlos García Gual
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7697-5
Depósito legal: M. 17.689-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción: Los discretos encantos de Diógenes
Laercio. Reivindicación de un erudito tardío, por
Carlos García Gual

Vidas y opiniones de los filósofos ilustres

- 41 Libro I
101 Libro II
169 Libro III
215 Libro IV
251 Libro V
303 Libro VI
361 Libro VII
457 Libro VIII
501 Libro IX
559 Libro X
- 627 Índice de nombres

Introducción

Los discretos encantos de Diógenes Laercio. Reivindicación de un erudito tardío

*A la memoria de Marcello Gigante, maestro
de filólogos, óptimo traductor y comentarista
de Diógenes Laercio.*

Ante la extensa obra de Diógenes Laercio, el lector actual suele experimentar una sensación ambigua. Mientras avanza en la lectura de su abigarrado texto, le asalta la admiración suscitada por la cantidad y variedad de noticias que nos transmite, y por la agudeza de sus anécdotas y citas y sus curiosos datos biográficos y, de otro lado, una cierta desilusión ante la exposición bastante rápida y poco profunda de las ideas y los sistemas filosóficos y ante el estilo descuidado de su prosa, en ese centón erudito que multiplica tantos nombres propios, tantas citas y tantos títulos de obras pronto perdidas. La reserva de los lectores más críticos está en efecto fundamentada; pero también el aprecio de los otros, como veremos. Es indudable que estas *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* constituyen un testimonio insustituible sobre la tradición de las escuelas filosóficas griegas. Es la única narración extensa y antigua de la historia de la filosofía antigua que ha llegado hasta nosotros. A la vez, siendo una fuente singular por su extensión y su riqueza

za de noticias, suele dejar una cierta insatisfacción en el lector que aspiraría a encontrar una historia filosófica de un talante más crítico, más valorativo; en definitiva, un estudio más riguroso y penetrante en la exposición de las ideas y menos recargado de anécdotas y detalles pintorescos.

Ésa es la impresión que recoge bien Leopoldo Marechal, en el breve prólogo a la edición argentina de la obra (Losa-da, Buenos Aires, 1945):

La sucesión de biografías está lejos de responder al orden en que las escuelas filosóficas se fueron sucediendo armoniosamente; por el contrario, Diógenes trata la vida de los maestros y después las de los discípulos como si las familias filosóficas le interesaran más que el planteo y desarrollo de los problemas metafísicos. Por otra parte, cada biografía de Diógenes Laercio está constituida por un conjunto de filiaciones minuciosas, anécdotas verdaderas o falsas, epitafios, breves exposiciones de doctrinas y hasta fragmentos epistolares que el autor atribuye a sus biografiados, manejando estos materiales con una arbitrariedad que, a pesar de no hallarse exenta de animación y de graciosa vitalidad, le ha valido crueles vituperios de la crítica moderna. En lo que coincide, al parecer, casi toda ella es en señalar la poca versación filosófica de Diógenes Laercio, o el desdén que hacia ella muestra en sus *Vidas*, para cuyo trazado parecen preocuparle de modo más inmediato los rasgos existenciales de sus biografiados que el sentido y concatenación de sus doctrinas. Esta opinión, a mi entender, es bastante injusta...

El indudable interés del texto le ha hecho merecer su inclusión –en la edición de H. S. Long, de 1964– entre los editados en la serie de «Oxford Classical Texts», un honor reservado a los grandes clásicos, y, de modo excepcional, a

este erudito de comienzos del siglo III d. C., escritor prolijo y más bien de desmañado estilo. Las censuras al estilo laerciano de historiar la tradición filosófica vienen ya de antiguo, pero en general suelen basarse en ciertos prejuicios modernos acerca de cómo *debería escribirse* una buena historia filosófica. No en vano fue Hegel uno de los lectores más despectivos de nuestro autor, al que trató de «amontonador de opiniones varias» y «chismorreador superficial y fastidioso». Como hemos dicho, se le viene a reprochar al buen Diógenes Laercio que no compusiera su historia atendiendo más a las ideas de fondo, a los grandes textos, al núcleo metafísico doctrinal de los grandes maestros del pensamiento, y que, en cambio, gustara de demorarse en las citas de tantos nombres propios, en referencias bibliófilas de segunda y tercera manos, anteponiendo así lo anecdótico y desatendiendo las ideas esenciales, combinando un cierto desorden, una curiosa chismografía y cierta erudición pedante y pintoresca.

En ese menosprecio crítico se parte, pienso, de un cierto malentendido, pues se le viene así a reprochar al viejo Laercio el no haber compuesto una «Historia de la Filosofía» en sentido moderno, sin preguntarse previamente si era eso lo que él tenía intención de escribir, y, por otra parte, si él podría haberse fijado tal objetivo. Pero no está de más ver las críticas modernas a su obra, porque con sus rigurosas observaciones nos ayudan a perfilar el alcance de una concepción ciertamente prehegeliana de esta historia filosófica.

Maurice Croiset, en su *Historia de la literatura griega*, escribe¹:

1. Voy a ser aquí muy parco en indicaciones bibliográficas. Estas páginas forman parte de una más extensa «Introducción a Diógenes Laercio», aún en preparación.

Enumerar los principales representantes de cada escuela, resumir su biografía a partir del mayor número posible de anécdotas y sentencias, dar a continuación una lista de sus obras y una panorámica de sus teorías; eso es todo lo que él toma en cuenta. Parece considerar que ésa era toda la historia de la filosofía.

Y el conocido traductor francés de D. L., Robert Genaille, piensa que Laercio conserva bien el interés por sus muchas anécdotas, pero que es confuso, escritor de mal estilo y muy poco filosófico:

La superficialidad de su pensamiento también la encontramos en su sintaxis –escribe. Y añade–: D. L. se limita, así pues, a menudo al trabajo preliminar de lo que hoy denominamos un estudio verdaderamente científico. Recopiló documentos, elaboró fichas por el nombre del autor. No parece que comprendiera lo que faltaba por hacer lo esencial: clasificar, estudiar, criticar, cribar todos esos documentos para conseguir una obra coherente y armoniosa. Al elaborar, por tanto, un fichero copioso pero desordenado, no nos presenta una historia de la filosofía, sino, en realidad, un catálogo de lo que se ha dicho sobre los filósofos.

Esto se debe a que también él carecía de rigor en su pensamiento. Sus ideas surgen siempre un poco al azar. Mal ligadas, nos ofrecen un razonamiento confuso y poco ágil. Acentúa este defecto un estilo extraordinariamente descuidado, enmarañado y monótono.

A estas exigencias de mayor rigor en el desarrollo de las ideas y de orden en las exposiciones y más claridad de estilo, podemos sin embargo contraponer los elogios de un lector de buen gusto, Michel de Montaigne (citado por Genaille), que dejó escrito:

Me apena bastante que no tengamos una docena de Laercios, o que no esté más difundido o sea más escuchado, pues conocer los avatares y la vida de estos preceptores del mundo me interesa tanto como sus dogmas y ocurrencias.

Ciertamente, en este apasionado elogio de Montaigne pesa su aprecio por las anécdotas estupendas y las frases ingeniosas. Ese mismo aprecio podría haberlo tenido en mente otro tenaz lector de Diógenes Laercio, Friedrich Nietzsche, cuando escribía:

Con la ayuda de tres anécdotas se puede presentar la imagen de un hombre; en cualquier sistema yo trato de sacar a luz tres anécdotas y tiro el resto (*La filosofía en la época trágica de los griegos*, 1873).

Y

De sistemas refutados ya no puede interesarnos más que lo personal, como que es lo eternamente irrefutable. En base a tres anécdotas es posible trazar la estampa de un hombre; trato de destacar en cada sistema tres anécdotas, dejando de lado el resto (*Prefacio*, de 1879).

He ahí una observación para reivindicar el método seguido por el buen Diógenes Laercio, con el que el joven filólogo Nietzsche fue alguna vez demasiado severo.

Entre el reconocimiento de las limitaciones y los encantos de las *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* me gustaría citar aquí unas líneas del traductor castellano de las mismas, José Ortiz y Sanz, que publicó su versión –la única completa en nuestra lengua– en 1792, con un breve y jugoso prólogo, en el que dice:

Su estilo no es elegante; sus descuidos y faltas de memoria, frecuentes; su exactitud, no mucha, ni grande su crítica; pero su libro siempre será precioso por el tesoro de noticias antiguas que encierra, fruto de una lectura de muchos años.

Por esta razón decía Miguel Montaña que «debíamos tener muchos Laercios, o el que tenemos más largo». Por la misma, José Escalígero lo llama «escritor eruditísimo». También Luis Vives lo tenía en gran aprecio.

Líneas antes afirma Ortiz y Sanz:

Apenas hay otro libro antiguo que tantas noticias nos haya conservado de la Antigüedad; y es al mismo tiempo su lección tan amena y sabrosa, que quien empieza a leerlo no sabe dejarlo de la mano hasta concluirlo.

La erudición y la originalidad de Diógenes Laercio

Fueron, con todo, algunos filólogos alemanes del XIX quienes más duramente calificaron a Diógenes Laercio, negándole talento propio y originalidad. Considerando que su erudición era muy de segunda mano, lo denunciaron como «un vulgar plagiario» (según Nietzsche), «un miserable compilador y un auténtico asno» (según Usener) o, en la versión más suave de E. Schwartz, «un escéptico pedante». En aquella época en que la continua búsqueda de fuentes (*Quellenforschung*, *Quellenriecherei*) parecía el deporte filológico por excelencia, el texto de Diógenes Laercio ofrecía un fértil campo de excavación y conjeturas. Parecía pues evidente que, con su montón de citas, Diógenes Laercio podía haber construido su texto saqueando a otros es-

critores anteriores, para nosotros perdidos, sin muchos reparos. En su texto hace nada menos que 1.186 referencias a otros autores, identifica 250, menciona 365 obras por su título y da 350 citas anónimas. Estaba claro que se servía de una larga serie de textos y escritores anteriores, de época helenística la mayoría, y todo su saber dependía de ellos. Procedía como un erudito decadente y abrumado por la sabia tradición de un tiempo mejor. Siendo suspicaz, como era el joven Nietzsche, se podía sospechar que ni siquiera había trabado él mismo la vasta compilación final, sino que la había tomado, ya compuesta, de algún auténtico erudito precursor, al que él copiaba en bloque y sin citarlo, como haría cualquier plagiario².

Pero los tiempos han cambiado, y se ha operado, gracias a Mejer, Gigante y otros estudiosos actuales, una revalorización de su obra. Lo señala muy bien Jonathan Barnes:

En fin es –¿podemos ya decir «fue»?– un lugar común entre los estudiosos tomar a Diógenes por un imbécil: cualquier absurdidad en las *Vidas* le es adjudicada a él, mientras que de aquello que tiene sentido debemos buscar las fuentes en otro. La cuestión de las fuentes, la *Quellenforschung*, ha sido el objetivo primario en las investigaciones sobre Diógenes (*DLSPA*, 396-7).

Ese rastreo de fuentes se contentaba luego –como señala el mismo Barnes– con señalar la dependencia de Diógenes Laercio respecto a los autores citados por él y desconocidos por nosotros, sin pararse a indagar cómo utilizaba esas

2. Utilizo en esta sección los datos de J. Mejer, *Diogenes Laertius and his hellenistic Background*, Wiesbaden, 1978 (*DLHB*), y los del volumen colectivo, introducido por M. Gigante, *Diogene Laerzio, storico del pensiero antico* (*DLSPA*), Nápoles, 1986.

citas, si eran meras copias o alusiones reelaboradas con un toque personal. Pues la tarea no se debe limitar a identificar las fuentes, sino que debe centrarse en su modo de usarlas en el texto, calibrando el valor crítico de las mismas. Resulta evidente que Diógenes Laercio utiliza textos de muchos autores antiguos, ya que él mismo los cita con implacable reiteración. Ese afán de dar nombres y títulos es característico de él. Siempre que puede precisar una referencia para avalar una noticia, lo hace; de continuo se presenta como lector y repetidor de textos ajenos. Resulta muy escrupuloso en sus minuciosas citas.

Ahora bien, la cuestión ardua estriba en decidir cuántos de esos textos citados los conocía él por propia lectura y cuántas citas le llegaron mencionadas por otros. ¿Cuántos de esos doscientos y pico autores que él cita había manejado en serio y cuántos conocía por referencias ajenas? Es muy probable que Diógenes Laercio leyera tan sólo a algunos de los autores que cita. Trabajaba, *como era usual* en su tiempo, sobre repertorios y centones, resúmenes y compilaciones. Era un epígono en la tradición filológica del legado helenístico. A partir de esa observación general, podían hacerse conjeturas varias.

Así, en 1868, F. Nietzsche dictaminó que Diógenes Laercio era tan sólo un abreviador de Diocles de Magnesia. Algo después, en 1880, F. Maas escribía que su texto era sólo «un epítome de Favorino de Arelate». En 1892, H. Usener suponía que se basaba en la obra de Nicías de Nicea. (Estas hipótesis fueron pronto refutadas: Nietzsche por Diels; Maas por Wilamowitz; Usener por Gehrke.) Hoy ya nadie piensa que la obra de D. L. dependa de un único precursor. Basta leer su texto sin prejuicios para reconocerle un amplio número de fuentes. Así ya E. Schwartz (en

1905) indicaba como las más directas los textos de Plutarco, Mironiano, Flegón, Sabino, Pánfila, Epicteto, Diocles de Magnesia, Favorino, además de las cartas y otros textos de Epicuro y alguna otra compilación perdida. W. Cronert le señalaba (en 1906) catorce fuentes básicas (*Hauptquellen*) y siete ocasionales (*Nebenquellen*). A. M. Frenkian (1961) apuntaba como sus fuentes directas textos de Soción, Heraclides, Lembo, Sátiro, Hermipo, Diocles de Magnesia, Favorino, Demetrio de Magnesia, Apolodoro y Alcimo.

En todo caso, como ya señalara en 1880 U. von Wilamowitz, no parece que se le pueda negar a D. L. una seria y honesta dedicación:

En Diógenes ciertamente no encontramos precisión ni agudeza crítica, pero sí mucha lectura y compilación, sin ningún rastro de falseamiento ni mentira.

Parece pues correcto dar un margen de confianza al buen oficio y talento de D. L. y, después de recordar cómo todos los intentos de reconducir sus informaciones a una o dos fuentes han fracasado, adherirse a las indicaciones de J. Mejer, uno de los mejores analistas de su obra:

La cantidad de referencias y fuentes en Diógenes es enorme. ¿Debemos pensar que las numerosas formas de referirse a las fuentes provienen de esas mismas fuentes o bien que son un intento de ocultar que copió sólo de una o de unas pocas fuentes? Creo que la única manera de hacer una crítica de las fuentes de Laercio es aceptar que su libro es ante todo suyo y a partir de aquí intentar comprender cómo se convirtió en lo que es, por qué contiene tantos errores, informaciones desconcertantes, repeticiones, informaciones inexactas, pero también un número

importante de afirmaciones interesantes y valiosas sobre sus biografías y opiniones filosóficas. No pretendo con esto «salvar» a Diógenes como escritor —es mediocre como tal, y su obra no se puede considerar satisfactoria (ni desde el punto de vista biográfico ni filosófico)—, sino aceptarlo como una persona honesta. Y para ello, lo que tenemos que analizar es su forma de trabajar y examinar asimismo la de los eruditos antiguos.

Hemos comenzado este capítulo tratando de la añeja cuestión de la búsqueda de fuentes, considerada decisiva en el siglo XIX. Pero, como apunta Mejer, y como han mostrado de modo ejemplar tanto él como M. Gigante, en dos trabajos que hacen época, hay que avanzar preguntándonos cómo trabajaba D. L., cómo usaba sus datos y cuál fue su propósito al redactar su magna compilación de vidas y opiniones, entrelazando biografías y doxografías de los famosos filósofos de antaño. En vez de rastrear un tanto a priori sus fallos y torpezas, en vez de culparle por no haber realizado la obra que pensamos que debería haber hecho para contentar nuestros gustos modernos, intentemos reflexionar sobre lo que Diógenes Laercio se propuso hacer y realizó en sus diez libros de amplio horizonte.

Título y diseño del amplio compendio

Detengámonos un momento en el título de la obra, que conocemos en dos variantes, pues unos manuscritos nos dan el de *Laertíou Diogénous bíoi kai gnomai tōn en philósophois eudokimesántōn kai tōn en hekástēi hairései areskóntōn* [«De Diógenes Laercio: “Vidas y sentencias de los más famosos entre los filósofos y de las doctrinas de cada escue-

la”»], como dice el Parisinus 1759, pero en otros (Mss. B, en cabeza del libro X) tenemos el más breve *Laertiou Diogénous philosophōn bīōn kai dogmātōn synagogé* [«De Diógenes Laercio: “Compendio de las vidas y opiniones de los filósofos”»]. Debemos destacar en ese breve título el término de *synagogé*, *compendium*, que abarca tanto la compilación de biografías, *bíoi*, como de opiniones, *dógmata* o *gnomai*. Esa conjunción de biografías y doxografía en la obra es, en efecto, uno de los rasgos básicos de la compilación. Tal vez la mezcla de lo biográfico y lo dogmático no fuera un rasgo del todo original, pero tampoco era algo típico, ya que en la tradición helenística de origen peripatético biografías y doxografías se presentaban por separado. En el segundo título la *synagogé* queda referida especialmente a «los filósofos más ilustres» y a las doctrinas e ideas de cada escuela: *tôn en hekástēi hairései areskóntōn*. El término *hairésis* es un vocablo técnico que designa una ‘escuela’ o ‘secta’ filosófica. *Hairésis* es ‘elección’, y expresa la elección ética que cada escuela ha hecho frente a las otras. Son las decisiones «heréticas» las que definen a cada escuela filosófica frente a otras del mismo origen. La ordenación de los filósofos por escuelas o sectas, *hairéseis*, la toma Diógenes Laercio de la tradición –*diadoché*– según un criterio claro para ordenar su amplísimo material de datos biográficos y sentencias e ideas.

Éstos son los términos clave que articulan el vasto compendio; *bíoi* y *dógmata* y *hairéseis*. Podemos añadirles el de *diadochai*, ‘sucesiones’, que ordena cronológicamente a los filósofos «ilustres» dentro de cada escuela. La *synagogé* de Diógenes Laercio se sitúa en la tradición helenística de los historiadores de la filosofía. Y es posterior, puesto que los cita, a Favorino de Arlés y a Sexto Empírico, por lo que

conviene situarla a comienzos del siglo III d. C. La obra se inscribe en una línea tradicional, pero en su manera de seleccionar y estructurar su amplio material puede expresar una intención y un talento personal, como ya apuntó E. Schwarz, y ha subrayado luego Mejer, analizando sus referencias a otros autores.

Volvemos aquí al tema de las fuentes de Diógenes Laercio, pero desde una perspectiva más precisa. Mejer estudia aquellos autores a los que Diógenes Laercio cita explícitamente en más de quince ocasiones. Así Favorino de Arlés, que escribió unos *Memorabilia* y una *Omnigena Historia*, está citado 50 veces; Hermipo, autor de unas *Vidas*, es citado a menudo en relación con la muerte de un filósofo y por algunos epigramas; Apolodoro (autor de una *Chronología* o *Chrónika*) le resulta muy útil para las fechas y sincronismos (quizás Diógenes sólo lo conociera indirectamente); alude repetidamente a Aristóteles, al que quizás no había leído o del que conocía sólo algún diálogo hoy perdido, como su *Perì poietôn*; y a Platón, en 20 citas, del que acaso había leído sólo el *Protágoras*; de Demetrio de Magnesia, autor de *Sobre los homónimos*, toma varias anécdotas y listas de homónimos (que aumenta); usa también el texto de Soción en 18 citas, autor de una famosa *Diadoché*, epitomizada por Heraclides Lembo; a Aristóxeno el pitagórico lo nombra en 20 ocasiones, pero no sabemos si lo había leído directamente. Sí leyó a Diocles de Magnesia, autor de unas *Bíoi philosophon* y una *Epidromé tôn philosophon*, a quien Nietzsche supuso su fuente principal y directa, sin pruebas convincentes. También cita 15 veces a Hipóboto, autor de un *Perì haireséon*, y a Sosícrates, citado también en 15 ocasiones. Un lugar especial en esta lista de autores citados merece Timón de Fliunte, con sus *Sílloi* o *Sátiras*, citado nada menos

que 38 veces. Pero en este caso no se trata de una fuente sino de un autor satírico a cuyos versos ingeniosos Diógenes Laercio tenía especial afición.

Si pasamos revista a todos estos autores citados, vemos que atestiguan la existencia de una tradición biográfica y doxográfica, que versaba sobre *bíoi*, *diadochaí*, *hairéseis*, *dógmata* y noticias varias sobre los filósofos más ilustres, pero ninguno de ellos parece haber combinado en una sola obra «vidas» y «opiniones» como hace Diógenes Laercio en sus diez libros. En ninguno hallamos el término de *synagogé* para referirse a su obra, y ninguno parece ser la fuente principal del texto laerciano. También parece claro que Diógenes Laercio ha leído sólo a algunos en sus textos, mientras que a otros los conocía por resúmenes, sólo de segunda mano, y los cita por algunos *excerpta*.

Una influencia mayor, destacada por M. Gigante, pudo ejercer la historia filosófica del epicúreo Filodemo de Gáddara, *Syntáxis tôn philosóphon*, redactada también en diez libros. Pero, por lo que deducimos de los breves fragmentos papiráceos recuperados en Herculano, ésta era una obra que resumía la dogmática de cada escuela, de modo más escueto.

Como ha señalado J. Mansfeld, antes de Diógenes Laercio parece atestiguar una firme distinción entre un enfoque sistemático y doxográfico, predominante en obras como las tituladas *Perì haireséon*, «Sobre las escuelas», o *Diadochaí* «Sucesiones», y un enfoque biográfico, en obras nombradas *Bíoi ton philosóphon*, unas y otras con esquemas de origen peripatético. Valga como ejemplo el de Diocles de Magnesia, que compuso una *Epidromé tôn philosóphon* y además otra bien distinta *Bíoi tôn philosóphon*. Sin pretender, pues, que el cruce de ambos géneros sea una novedad radical de Diógenes Laercio (bastaría mencionar como pre-

cedente la obra del médico Sorano titulada *Bíoi iatrôn kai hairéseis kai syntágmata* en diez libros), sí podemos advertir que esa mezcla de biografías y doxografías es uno de sus más característicos. Él se interesaba ante todo por la proyección individual de los grandes filósofos y veía sus opiniones como expresión de la personalidad de los mismos; quiso destacar la interacción continua entre vida y posición filosófica. Por eso estaba interesado primeramente en bosquejar las biografías de los filósofos, y de modo secundario en la historia de la filosofía que los incluía en su marco.

Lo que quiso recordar Diógenes Laercio es la figura memorable y curiosa de cada filósofo famoso, con fechas precisas, anécdotas singulares y sus ideas esenciales, dentro de la adscripción a una escuela de pensamiento y en una tradición. El sumario doxográfico que nos ofrece para las varias sectas tradicionales (cirenaicos, académicos, peripatéticos, cínicos, estoicos, pitagóricos y epicúreos) es bastante sintético y esquemático, sin dar detalles sobre las aportaciones individuales o criticar las teorías expuestas. A veces, como en el caso de la doctrina estoica, parece servirse de un resumen escolar. Sólo en un par de casos, excepcionalmente, subraya la relación directa entre la vida y las ideas del fundador de una escuela. Lo hace así con dos figuras ejemplares: con Pitágoras y con Epicuro. Y sólo en el caso de Epicuro ofrece textos de un interés fundamental, como son las *Cartas* y las *Máximas capitales* del filósofo.

Características de la biografía laerciana

En su redacción de las biografías, Diógenes Laercio sigue un modelo cuyos trazos básicos están muy bien analizados por M. Gigante (ob. cit., pp. 16-18):

1. «En todo *bíos* laerciano se hallan trazos invariantes –como son el nacimiento, la *akmé*, la muerte– y trazos variables –como son apotegmas, sentencias, máximas, opiniones–.» Hay una serie de tópicos que ayudan a perfilar su personalidad. En muchos casos se traza un retrato moral, se dibuja el carácter, se alude al comportamiento y se exponen cualidades típicas o ejemplares del personaje. Las anécdotas contribuyen a colorear ese retrato.

2. La biografía es informativa y formativa, pero nunca un reproche o un panegírico. (No es ni *epainós* ni *psógos*.) Con alguna excepción: en el caso de Epicuro, traza una clara apología del filósofo.

3. El *bíos* de los filósofos pertenece al tipo de biografía literaria estudiado por F. Leo. Según éste, Diógenes Laercio produjo «el más importante monumento de la biografía literaria» (distinta del tipo histórico cultivado por Plutarco).

4. En todo relato biográfico se ofrece una cooperación de los hechos externos (*l'événementiel*) y la interioridad, de noticias y pensamiento, de *tópoi* e individualidad, y así se construye un propio microcosmos narrativo y biodoxográfico.

5. Se da un perfil suficiente y global, si bien no completo, del filósofo. Ilustra su ejemplaridad, tanto en su *ethos* –noción aristotélica– como en sus *dógmata* –herencia de la doxografía de Teofrasto–, de modo que el esbozo biográfico adquiere un nuevo valor como «emblema doctrinal».

6. «Una biografía laerciana no es por sí misma filosofía, pero puede servir a la filosofía, más o menos como un *bíos* plutarqueo no es historia, pero puede servir a la historia.»

Por otra parte, en la composición de cada biografía, Diógenes Laercio repite un mismo esquema, como una receta con temas fijos: 1) Nombre, origen y cronología, 2) educación, formación filosófica, viajes, 3) lugar en la fundación o

sucesión de una escuela, 4) carácter y temperamento, ilustrado por dichos y anécdotas, 5) *akmé* y muerte, 6) discípulos memorables, 7) obras, 8) doctrina e ideas, 9) documentos finales (testamento, en unos pocos casos), 10) otros personajes de idéntico nombre (homónimos), 11) notas sueltas, epigramas, burlas, seguidores, etc. (Esquema bien observado ya por Delatte y Long.)

Dentro del esquema habitual hay variaciones notables, que en parte derivan del material disponible para cada autor y en parte de las simpatías del propio Diógenes Laercio. Basta comparar la «Vida de Platón» o la de «Pitágoras» con la «Vida de Diógenes» –que es una divertida sarta de anécdotas chispeantes– para advertir esas variaciones.

El afán sistemático y los diez libros de *Vidas y opiniones*

La obra de Diógenes Laercio está dividida en diez libros. Dedicar el primero a los famosos Siete Sabios. El II, a los milesios y a Sócrates y los socráticos menores, como Jenofonte, Esquines, Aristipo, Euclides, Estilpón, etc. El III, a Platón, y el IV, a los académicos, desde Espeusipo hasta Clitómaco. El V presenta a los peripatéticos, Aristóteles primero, y luego sus sucesores, de Teofrasto a Heraclides. El VI está dedicado a los cínicos. El VII –el libro más largo, y no conservado por entero– se dedica a los estoicos. El VIII, a Pitágoras, Empédocles y otros pitagóricos. El IX, a algunos filósofos sueltos: Jenófanes, Parménides, Meliso, Zenón, Leucipo, Demócrito, Diógenes de Apolonia, Anaxarco, Pirrón y Timón. El X trata por entero de Epicuro, y es el único en incluir largos textos del biografiado.

Fundamentalmente Diógenes Laercio ha seguido una ordenación por escuelas, pero con notable flexibilidad, como se deja ver en ciertos detalles, como el iniciar su texto con los Siete Sabios y concluirlo con el libro dedicado a Epicuro. Además de la clasificación aquí seguida, ofrece otra propuesta de *hairéseis* postsocráticas: en I, 18 menciona diez escuelas: académica, cirenaica, elíaca, megárica, cínica, eretria, dialéctica, peripatética, estoica y epicúrea. Otros estudiosos antiguos ofrecían divisiones parecidas; Hipóboto (citado por D. L. en I, 19) distinguía 9 sectas, Soción 13, Filodemo 10 y Hesiquio también 10. Dentro de cada escuela los filósofos se presentan en secuencia cronológica, a partir del fundador.

Es interesante señalar que en su exposición sobre la historia de las escuelas filosóficas Diógenes Laercio se detiene mucho antes de llegar a su propia época. (Sólo en el caso de los escépticos se acerca a ella, al citar a Sexto Empírico, que es ya del siglo II d. C.) Es decir, no parece tener interés en señalar la pervivencia de las tendencias filosóficas en su tiempo. Ese dejar la historia de las ideas cortada en una época anterior, dos o tres siglos antes de su momento, resulta un detalle muy revelador de su posición personal al respecto. La vigencia de las tendencias filosóficas en su propio tiempo no parece ser objeto de su atención. La actualidad filosófica no le preocupaba.

Este rasgo curioso podría explicarse, pienso, de dos modos: bien suponiendo que nuestro erudito, situado en una localidad provinciana, no estaba al tanto de los desarrollos recientes del pensar filosófico y dependía de una bibliografía anticuada; o bien admitiendo que no tenía mucho interés en tratar de los filósofos cercanos a su propio tiempo.